

Sermón del culto de clausura

Rev. Lydia Posselt (ELCA)

Qué la gracia y la paz de Dios nuestro padre y de Jesucristo nuestro Señor y salvador sean con ustedes. Amén.

El verano que tenía unos 10 años, “Fruto del Espíritu” era el tema de la Escuela Bíblica de Vacaciones de ese año en mi congregación local. Era incluso el tema de una linda canción, pero no recuerdo toda la letra ni se las voy a cantar. Para el culto de clausura de aquel fin de semana, mi clase decidió hacer una representación poniéndonos camisetas con cada fruto de la lista. Pensé que me tocaría la de amabilidad. Lo que sí recuerdo claramente es que nadie de mi clase quería la de AUTOCONTROL.

Teníamos solo 10 u 11 años, pero ya sabíamos que el “autocontrol” era algo que, en secreto, todas y todos queríamos evitar. Autocontrol no era tan *cool* como amor, alegría y paz. Describir a una persona diciendo que es “autocontrolada”, no es un cumplido que oigamos a menudo. Y, honestamente, nunca oré para que Dios me hiciera más autocontrolada. Da la impresión que el autocontrol sea lo opuesto de la libertad, sobre todo si Cristo me hace “libre”. ¿Por qué tengo que controlar mi YO? Me gusta pensar que mi YO tiende a ser bastante decente y, por lo general, me conduce bien, al menos en circunstancias apropiadas. Pero como Pablo sabía muy bien, cuando pensamos así, no podemos estar más equivocadas y equivocados.

Lo cierto es que cuando mi YO guía mi vida diaria, ya no estoy tan llena de alegría, ni soy muy cariñosa, pacífica, paciente, amable, generosa o particularmente fiel. Cuando mi YO lleva la batuta, de pronto me encuentro en medio de una caravana del tipo equivocado marchando hacia melodías que me inducen a consumir cada vez más, actúo en forma desagradable, tengo miedo de mi prójimo y, por lo general, me preocupa demasiado por mí.

Esas melodías embaucadoras nos conducen a un cautiverio disfrazado de “libertad”. Clamamos a Dios: “Tú no eres mi jefe”, como podría decir un niño pequeño de mi país natal, pero resulta que somos nosotras y nosotros mismos que nos dejamos llevar por un camino que nos hace vulnerables a relaciones rotas, malas opciones, sufrimiento y vergüenza. Estamos en esclavitud y no podemos liberarnos por nosotras y nosotros mismos. Somos cautivas y cautivos como en el Flautista de Hamelín, el viejo cuento popular europeo, cautivos en una caravana que nos lleva a la muerte del cuerpo, la mente y el espíritu.

Pero HAY otra melodía que nos llama, otra caravana a la que se nos invita, otra caravana a la que pertenecemos y en la que encontramos nuestra casa. Jesús nos libera de la caravana de muerte para que formemos parte de su caravana de **vida**. No para que mi YO pueda ser rey, pues Jesús me libera DE mi YO; dejo de

pertenecer a ese Yo limitado por mis defectos, imperfecciones, puntos ciegos y temores. Ya no pertenezco al MUNDO que me había hecho

Traducción provisional del original en inglés. Si tiene comentarios y/o correcciones, sírvase enviarlos por correo electrónico a: info@lutheranworld.org

creer que soy insuficiente y que determinados tipos de personas también lo son. Yo pertenezco a Cristo, USTEDES pertenecen a Cristo y todas/os juntas/os tenemos que marchar en la caravana que dirige el Espíritu Santo.

Y ESTA es una caravana que recorre el mundo y su destino, resultado, o frutos, si prefieren, son amor, alegría, paz, paciencia, dulzura, generosidad, lealtad, amabilidad Y autocontrol. Pero no es un camino puramente interior para convertirnos en supermujeres y superhombres extra-santos. ESTA caravana nos lleva al mundo EXTERIOR, hacia nuestro prójimo donde los frutos de nuestra libertad en Cristo se ofrecen a otras y otros en lugar de acumularlos o almacenarlos en beneficio propio. Así como no podemos cultivar ese fruto por nosotras y nosotros mismos sin estar conectados a la “Caravana de Jesús”, tampoco podemos acaparar el fruto que cultivamos en el Espíritu.

Hemos llegado al final de nuestro tiempo compartido, animadas/os y alentadas/os por nuestra comunidad y nuestra amistad. Pero pronto bajaremos de la cima de la montaña, dejando este lugar y volviendo al mundo exterior. El brillo de estos días estimulantes e inspiradores se irá opacando y volveremos a nuestras habituales realidades cotidianas para encarar la vida en nuestro mundo herido y dividido.

Todavía será difícil escuchar la melodía de la marcha de la “Caravana de Jesús”, incluso después de una experiencia como esta. Habrá momentos en que estas horas estimulantes parecerán un sueño. ¿Estuve realmente allí, con todas y todos aquellos luteranos sorprendentes que vinieron a reunirse desde todos los rincones del mundo? ¿Y canté, charlé y oré con ellas y ellos, además de recibir el cuerpo y la sangre de Cristo también con ellas y ellos? Parece demasiado bueno para haber sido real. ¡Debo haber pasado esos pocos días en lo que parecía el paraíso!

Un gran recuerdo, una voluntad de acero y un excelente autocontrol no conducirán a esta caravana dónde tiene que ir. Durante uno de los estudios bíblicos semanales al que asistí con otras/os pastoras/es, uno de nosotros bromeó diciendo que en lugar de la respuesta: “Quiero y pido a Dios que me ayude”, que damos en la ceremonia de instalación de pastoras/es y laicas/os habría que decir: “No quiero y pido a Dios que me ayude.” Como dice Pablo, el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Pero gracias a Dios, NOSOTRAS Y NOSOTROS no dirigimos la caravana por nuestra cuenta. Guiadas y guiados por el Espíritu, marchamos exactamente hacia donde se nos necesita, directamente en un mundo que sufre y padece. Marchamos hacia un futuro que todavía no podemos vislumbrar claramente, pero que abarca la sanación de las naciones, la reconciliación de diferencias, la inclusión de las personas excluidas y la libertad de quienes estuvieron sometidos a la esclavitud durante tanto tiempo, nosotras y nosotros incluidos. Cuando nos separemos, marcharemos de vuelta a nuestros respectivos países y ciudades natales, pero estaremos marchando juntas y juntos en la luz de Dios.

En palabras del hombre que hace 500 años inició la Reforma: “Esta es ciertamente la verdad”. Demos gracias a Dios. AMÉN.